

ASIA MENOR.—EL CARRO DE LOS LABRIEGOS.—Reproducción de fotografía enviada por el R. P. de Jerphanion. (Pág. 116)

CARTAS DE MISIONEROS

COLOMBIA

Ya recordarán los amables lectores de *Las Misiones Católicas* la hermosa carta que el P. Agustín Quiroga, Misionero Hijo del Inmaculado Corazón de María, dirigió á su hermano Ramiro, del mismo Instituto, y que se insertó en esta Revista en los números correspondientes al 28 de Febrero y 15 de Marzo últimos.

Hoy, en vista de la benévola acogida que tuvieron aquellas líneas, transcribiremos otra no menos interesante, que el abnegado misionero dirige á su mismo hermano desde Cartagena de Indias. En ella podrán admirar nuestros lectores el espíritu de sacrificio y el celo heroico por la salvación de las almas del infatigable hijo del Venerable P. Claret, y formarse idea de la difícil misión encomendada á los Hijos del Inmaculado Corazón de María.

El P. Quiroga, víctima de su celo de apóstol, se ha visto precisado, por la obediencia, á abandonar su querida Misión del Chocó y volver á España para restablecer su quebrantada salud.

Es como sigue la carta aludida:

Cartagena de Indias, 7 Abril 1910.

Sr. Ramiro Quiroga.

Muy estimado hermano mío: Te escribo desde el Hospital de Cartagena de Indias. Aquí, en la tranquila soledad de mi celda, he recibido y leído con verdadera avidez tu grata del 8 de Marzo, acompañada con las otras dos que adjuntas me remites. Todas me han servido de muchísimo consuelo.

Me pides una crónica de hechos, noticias y peripecias. ¡Ah, mi querido Ramiro, no tengo precisión, como tú me ruegas, de cercenarle tiempo al sueño para escribirte muchas cosas. El tiempo me sobra. En la soledad de este Hospital se pasan para mí las horas del día y de la noche largas y monótonas, sin más ocupación que descansar y encomendarme á Dios. Las fiebres del Chocó me han consumido; dos veces me han puesto en

trance de muerte, y, por último, han dado con mi pobre cuerpo en este retiro. Sin embargo, estoy alegre y espero que el Señor me devuelva la salud para partir de nuevo á mi querida Misión. ¡Qué dicha sería para mí si lograra morir en el campo de batalla trabajando por la causa de Dios!

¿Qué quieres, pues, que te cuente? Cojo la pluma, y no sé por dónde empiece, ni qué deje, ni qué tome para decir. Pero, en fin, puesto que algo he de contarte, y puesto que tienes ya noticia de mis fiebres, te diré de cuándo datan sus más violentos ataques.

Estando ya mejoradito en Urrao, recibí el 22 de Septiembre un telegrama del reverendísimo Padre Prefecto diciéndome que regresara, pues era preciso para que él pudiera hacer el proyectado viaje á Cartagena y Acandí. El 27 salí caballero de una mula de brío, acompañado de un arriero que en otra caballería llevaba el altar portátil y un baúl con mi equipaje. La travesía de la cordillera, tan penosa á la subida, nada tuvo ahora de particular, si no fué una aventura de la cual me sacó á salvo la protección de Dios y de nuestra divina Madre.

Faldeábamos por entre fangos y barrizales una loma muy empinada. Cuando estábamos próximos á ganar la cumbre, ofreció la trocha un paso peligrosísimo para los caballos, por el barro y por lo empinado y deshecho del sendero, si tal mereciera llamarse. La mula se detuvo. Pregunté al arriero si sería preciso apearme, y contestó que la bestia era brava, que le clavara las espuelas y daría el salto. Yo dudaba porque, además de

ser el salto muy difícil, á mis espaldas había un derrumbadero de unos veinticinco metros de profundidad. En fin, que la palabra del arriero y la incanta osadía de la juventud me hicieron clavar los aceros al bruto, dándole al mismo tiempo un trallazo y un grito. Saltó, pero al tiempo que sus patas delanteras alcanzaban un alto raigón, se le hundían las de atrás en el fango resbaladizo de la pendiente. Un momento estuvo vertical hasta que, perdiendo el equilibrio, dió vuelta de campana cayendo de espalda. Mi providencial salvación fué que á mi derecha se alzaba un arbolito, al cual pude asirme cuando ya la mula caía para atrás, rodando así cada cual por su lado y quedando yo tan embarrado que parecía un espantajo. Lo maravilloso fué que no caímos al barranco.

Creo que me olvidé de dar gracias á Dios por el beneficio, pues poco más adelante monté de nuevo, y el Señor me despertó del olvido con un fuerte pellizco. Iba yo separando con ambas manos el ramaje que cegaba la trocha, cuando sin advertirlo pasó la caballería rozando con el tronco de un árbol roto por el viento, como á medio metro de altura ó poco más. Una astilla saliente me abrió la carne de la pierna hasta el hueso, haciéndome lanzar un grito. Me di por avisado, y ofrecí á Dios la expiación del dolor y de la sangre, que corría en abundancia.

El 29, á las cuatro de la tarde, estábamos en Isleta. Todos los del pueblo deseaban me detuviera un día por lo menos. No pude complacerles; mi afán era llegar á Quibdó antes de San Francisco, Patrono de la parroquia, pues era de suponer que al otro día había de partir la expedición de Acandí. Me embarqué, pues, inmediatamente en la Arquía, llegando al anochecer al pueblecito de Vegaez, donde pernocté. Las gentes de estos ríos son muy supersticiosas. Poco después de mi llegada se desencadenó una tempestad bravísima. Los truenos eran continuos y tan formidables, que retemblaban las casas y oscilaba como cuna de infante la hamaca en que yo descansaba.

—Ya se conose que ha venío er santo cura.

—Sierto é; siempre que viene er cura se marcha tronando er demonio.

—Lo mismo pasó en Beté ahora cuando yegó er Padre Jobón. Se puso un nublao ma negro que la noche, y er diablo marchó der pueblo tronando.

—Pues yo te puero desí que en Bebará too fué recogerse er Padresito á la posara y empesar lo trueno. ¡Ave María! y er demonio se fuyó en medio de un aguacero... ¡Ezú, qué aguacero!

Así discurren estos campesinos; y como apenas hay día ó noche sin su correspondiente aguacero, pocas veces deja de realizarse la coincidencia.

El 30 dije Misa en la capilla del pueblecito, muy de mañana, dirigiendo después de ella la palabra á los lugareños allí reunidos. A pesar de mis prisas, lo creciente de la Arquía me hizo aplazar el embarque hasta las diez. En este entretanto Dios me buscó para el viaje una compañera tal como la merecía, una fiebre tan alta como yo. A las nueve, á pesar del calor que hacía, este triste, acurrucado en la hamaca, tiritaba de frío, se encogía y daba diente con diente. Sin embargo, di ór-

denes terminantes para que prepararan la canoa y llevaran á ella todo mi equipaje. Era preciso llegar á Quibdó antes de San Francisco para que no se malograra la expedición al golfo de Urabá; este era mi pensamiento dominante. Aquellas buenas gentes se esforzaban en detenerme, y se hacían cruces al verme salir temblando camino del río. Yo, fiado en la Providencia divina y arrojándome en brazos de su Misericordia, me despedí de la multitud que rodeaba la canoa con las mismas actitudes con que hubieran rodeado un féretro, y entrando al rancho (1) me tendí dentro y me arropé: «¡Hala, mis negritos! río abajo y mano al canalete» (2). Poco más de una hora llevaríamos rodando sobre las aguas, cuando me vino la reacción de la fiebre. Mi rostro ardía como ascua, sudaba copiosamente y me quedé atontecido con una modorra fatigosa. A las cuatro de la tarde éramos en el Atrato. Los bogas dejaron los canaletes y empuñaron las palancas para subir con mayor presteza. A las seis desembarcamos en un pequeño caserío. Se portaron muy bien conmigo. Subí como pude á la mejor casita, y en un limpio saloncito, cuyas puertas y ventanas daban al río, me suspendieron en seguida la hamaca; me tendí en ella; la fiebre había cedido mucho, y, platicando con un grupo de piadosas hijas de Atrato que me habían rodeado condolidas de mi mal, cedió más y pude comer *alquito*.

Al día siguiente me levanté muy temprano, dije Misa y bauticé algunos muchachos. Cuando bajé á la canoa me recibió de nuevo en sus brazos la santa fiebre. Tras un día bastante fatigoso, y en el cual tuve mucho que ofrecer á nuestro Señor, llegamos á Beté.

Apoyado en un negrote me fuí á la capilla para saludar á nuestra divina Madre, que allí reina sobre aquellos morenos desde un cuadro, copia del de Nuestra Señora de Chiquinquirá. Volví á la casa donde habíamos de reposar aquella noche. Acababa de tomar asiento cuando me anunciaron que en una misma casa había dos moribundos. Cogí la caja de los santos Oleos y marché á socorrerlos. El uno era un negro anciano como de 70 años, atacado de una fiebre violenta complicada con no sé qué otra enfermedad. Mediante algunos esfuerzos le hice recobrar el sentido, le preparé para confesarse, y antes de empezar la confesión llamó á varias personas, entre las cuales estaba su concubina. Dirigiéndose á ella, le dijo que iba á confesarse antes de comparecer en el tribunal de Dios; por lo tanto, que se marchara, pues nada tenía ya que ver con ella. Se confesó muy bien y le administré la santa Unción. El otro era un mulato de 30 años, el cual se negó rotundamente á confesarse. Durante un cuarto de hora lidié con él, exponiéndole el inminente peligro de su alma y las aterradoras verdades relativas á las penas eternas, así como la bondad de Dios y la bienaventuranza de los justos. Todo en vano. Me despedí de él diciéndole que lo pensara bien, que á la mañana siguiente antes de marcharme le volvería á visitar.

Dios misericordioso quiso aliviarme un poco de la fiebre, con lo cual aquella noche pude descansar algo,

(1) Rancho es un toldillo de palma bajo y angosto como mardiguera de lobo para poderse preservar del frío y de la lluvia.

(2) Canalete es un remo en forma de pala.

aunque tendido en el suelo, pues allí no era fácil suspender la hamaca.

Como el lecho no ofrecía grandes comodidades, no hube de hacer esfuerzo para levantarme á las cuatro. En la santa Misa rogué por el moribundo impenitente, y después de ella marché derecho á su encuentro. Seguía tan obstinado como la víspera, diciéndome, después de mucho insistir, que era inútil me cansara, pues no había de confesarse. Le dejé con honda pena.

(Concluirá).

NOTICIAS VARIAS

Holanda.

Los católicos.—Holanda tiene una superficie de 12,000 millas cuadradas; su población asciende á seis millones, sin contar los treinta y cinco millones que viven en sus vastas colonias.

Sin embargo, este microscópico reino sigue de muy cerca á los Estados Unidos en cuanto á comercio exterior. Según las estadísticas de 1907 y 1908, las importaciones y exportaciones de Holanda eran respectivamente, 1,069.000,000 y 883.980,000 dollars; las de los Estados Unidos eran 1,116 millones 450,000 y 1,728 000,000 de dollars. La suma del comercio exterior de la república de México, con una superficie de 767,000 millas cuadradas, era sólo de 231,000,000 de dollars en 1908.

Pero nuestro propósito no es tanto hablar de la prosperidad material de los holandeses, como de la actividad social y religiosa de los dos millones de católicos que allí viven. Su ejemplo podría ser imitado con ventaja por los católicos de muchas otras naciones.

En materia de organización, los católicos de Holanda no van en zaga á sus hermanos de Alemania. Para influir debidamente en la política nacional, todo el país está cubierto por un espléndido sistema de clubs electorales católicos dirigidos por una Junta Central donde reside el poder ejecutivo. Esta organización política ha resultado en la elección de 44 representantes católicos en la Legislatura Nacional. Hay sociedades católicas para los braceros, los artesanos, los viajeros comerciales, los dependientes de tiendas y oficinas, los arquitectos y contratistas, los manufactureros y patronos, los periodistas y libreros. No hay ciudad de guarnición sin su Club Militar Católico. La Sociedad de San Vicente de Paúl cuenta con 322 Conferencias, bajo la presidencia del Comité nacional de La Haya.

Las vocaciones religiosas son abundantes, pues además del clero que cuida de las necesidades espirituales de sus nacionales, hay más de 1,200 sacerdotes, Hermanas y Hermanos que trabajan en las Misiones extranjeras. Desde 1853, fecha de su completa emancipación, los católicos holandeses han gastado 240.000,000 de dollars en la construcción de iglesias.

El lazo de unión de esta organización admirable y la fuente de esta exuberancia de vida es su poderosa Prensa católica. Los holandeses tienen quince diarios católicos, treinta y un periódicos que se publican dos ó tres veces la semana, setenta y siete semanarios, y cincuenta y dos revistas religiosas, científicas y literarias.

Alemania.

Regio donativo.—El emperador Guillermo ha enviado á Monseñor de Waal, rector del Instituto Teutónico de Roma, la suma de 20,000 marcos, para que sean empleados en ensanchar su preciosa biblioteca.

*

Mogador (Marruecos).

Hacia el redil.—Anúnciase para dentro de poco la conversión del Cónsul inglés en Mogador (Marruecos), perteneciente á la secta anglicana. Es persona de vasta ilustración y habla correctamente casi todas las lenguas europeas. Hace cinco años estuvo recorriendo Tierra Santa, regresando de aquellos lejanos y benditos países vivamente impresionado con los recuerdos evangélicos. Actualmente estése preparando é instruyéndose convenientemente para ingresar en las filas católicas, bajo la dirección del Superior de la Misión Franciscana de Mogador, R. P. Fr. Avelino Muños, hijo del Colegio de Santiago.

Estados Unidos.

Noticias varias.—El 26 de Abril se inauguró en Washington el Palacio de la Paz, al cual Andrés Carnegie contribuyó con la suma de 750,000 dollars. El monumento está situado en el Parque del Potomac. El Cardenal Gibbons, arzobispo de Baltimore, bendijo el edificio.—El 17 de Abril dos mil Caballeros de Colón comulgaron en la iglesia de San Pablo en Washington. Celebró la misa Monseñor Diomedes Falconio, Delegado Apostólico en los Estados Unidos. Se considera el evento como un reconocimiento público de la Orden Colombiana por el representante de la Silla Apostólica.—El señor James A. Murrey va á emprender la restauración de la Misión del Carmelo, cerca de Monterey de California. Fué esta la primera fundación de Fray Junípero Serra en la Alta California.—El 23 de Abril salió de Nueva York á bordo del vapor Berlín una numerosa romería de católicos germánico-americanos, bajo los auspicios del Central Verein y la dirección de la Leo Haus. Tocarán primero en Nápoles, donde se quedarán dos días para ver las bellezas de la ciudad y de sus contornos; luego se dirigirán á Roma para ofrecer al Padre Santo el homenaje de su corazón.—El Presidente Taft ha nombrado al R. Dr. Charles W. Currier, de la Oficina Católica de las Misiones Indias, para representar á los Estados Unidos y al Instituto Smithsonian en el Congreso de Americanistas que se celebrará en Buenos Aires el mes que viene. El Dr. Currier representará al mismo tiempo á la Universidad Católica de Washington.

México.

Grande y fructífera Misión.—A principios de Abril, diez Padres de la Compañía de Jesús dieron una Misión simultáneamente en cinco iglesias diferentes de la católica ciudad de Guadalajara. Durante todos los ejercicios de la Misión los templos estuvieron atestados de fieles. El número de Comuniones distribuidas en aquellos días de bendición se calcula en cerca de cincuenta y dos mil; los matrimonios celebrados subieron á 449.

Argentina.

Nueva Facultad.—Acaba de inaugurarse en Buenos Aires la Facultad de Leyes de la Nueva Universidad Católica, cuya construcción había sido resuelta hace tiempo por el episcopado y los católicos de Argentina.

Chile (Argentina).

La Iglesia chilena en el Centenario.—Transcribimos á continuación los dos despachos telegráficos cambiados entre el ministro Sr. Edwards y Mons. Jara, designado para asistir á los festejos del Centenario en representación de la Iglesia chilena, y que forma parte también de la comitiva oficial:

«Santiago, 22 de Abril de 1910.—Ilmo. Obispo Mons. Ramón Angel Jara.—La Serena.—A nombre del Gobierno ar-

gentino, nuestro ministro en aquélla pide que en la comitiva de S. E. el presidente, que irá á Buenos Aires, figure un representante de la Iglesia chilena.

«Habiéndosele pedido al ilustrísimo y reverendísimo Arzobispo de Santiago que aceptase esta invitación, se ha excusado por motivos de salud y ha indicado al Gobierno la persona de V. S. Ilma., expresando que la Iglesia chilena no podría tener, en esta ocasión, quien la representase con mayor brillo, prestigio y acierto.

«Ruégole, en consecuencia, á V. S. Ilma., que se digne aceptar esta designación que el Gobierno celebra vivamente. La comitiva presidencial saldrá para Buenos Aires el 21 de Mayo á las 8 de la mañana.

«Dios guarde á V. S. Ilma.—Fdo. Agustín Edwards.»

«Vicuña, 23 de Abril de 1910.—Sr. Agustín Edwards, ministro de relaciones exteriores.—La Moneda.—Practicando la Visita pastoral de mi nueva diócesis, he recibido en esta ciudad la nota telegráfica de V. S. en que, á nombre del supremo Gobierno se sirve invitarme á acompañar á S. E. el presidente de la República en su próximo viaje á Buenos Aires, á fin de que, según la indicación hecha á V. S. por el reverendísimo Arzobispo de Santiago, represente el infrascripto á la Iglesia chilena en el solemne Centenario de la emancipación política de la República Argentina.

«Junto con declarar á V. S. que nuestro dignísimo metropolitano sólo por esa habitual modestia, que da tanto realce á sus preclaras virtudes, ha podido discernirme el alto é inmerecido honor de representar en las próximas fiestas jubilares de la nación argentina á la muy ilustre Iglesia de mi patria, cúmplame agradecer al supremo Gobierno, por intermedio de V. S., la señalada distinción que me dispensa, invitándome á formar parte de la comitiva presidencial.

«Suspenderé aquí mis tareas pastorales para continuarlas en el puesto de responsabilidad que V. S. á nombre de mi Gobierno, y mi Superior jerárquico, á nombre de la Iglesia, me señalan. Pues considero que nada es tan conforme al carácter episcopal que invisto como el difundir y acentuar el espíritu de confraternidad americana, del cual será testimonio histórico la participación entusiasta que toman el Gobierno y pueblo de Chile en el centenario de la independencia conquistada por la nación argentina, de cuyo admirable progreso se congratula nuestra república, como hermana gemela que ha sido en el doble nacimiento á la vida de civilización y de la libertad.

«Dios mediante, me trasladaré á Santiago para reunirme á la comitiva presidencial en la fecha que V. S. tiene á bien indicarme, para emprender un viaje que me brindará la oportunidad de cancelar, en parte, la crecida deuda de gratitud y de afecto que tengo contraída desde años atrás para con la Iglesia y pueblo argentinos.

«Dios guarde á V. S.—(Fdo.) Ramón Angel Jara, obispo de La Serena.»

Bolivia.

Misioneros colonizadores.—Cortamos de una relación extensa de R. Santacruz, que publica el *Boletín Antoniano* de Tarija, acerca de las Misiones franciscanas entre los Guarayos:

«Desde el año de 1840, las Misiones Guarayas han ido adelantando en todo lo civil y religioso alrededor de la Cruz del Salvador, y actualmente cuentan cuatro pueblos numerosos y otro en el Chimoré, donde se han desarrollado las artes y oficios de una manera sorprendente por el impulso y la actividad que han desplegado los Misioneros antiguos y modernos, cuyos nombres pasarán á la historia como de bienhechores de la humanidad; hoy los indios guarayos apenas se acuer-

dan de lo que fueron sus abuelos, porque todos han recibido y abrazado la Religión y consiguiente civilización.

«La nación boliviana puede estar orgullosa de tener formados cinco pueblos más por los Misioneros franciscanos; y es un deber de justicia reconocer el mérito de los Misioneros, apoyar su proficua labor, fomentar su entusiasmo para nuevas y sucesivas fundaciones entre otras tribus que abundan, y proporcionar lo necesario para ello; pues se sabe por experiencia que los fortines dan muy poco resultado, á pesar de las sumas exorbitantes que se gastan, mientras con una mínima parte de las mismas y mejor protección, habría como formar centros más estables tanto en el Beni como en la Región del Gran Chaco.»

Salvador.

Elocuentes pruebas de religiosidad.—Según nuestro correspondiente salvadoreño, gratos recuerdos se llevará de esta república Monseñor Cagliero, Delegado Apostólico y representante de Su Santidad Pio X en Centro América. Recibió visitas de todos los señores párrocos de la diócesis, así como de las asociaciones de carácter religioso. De más de veinte leguas á la redonda de la capital han ido numerosas peregrinaciones, conducidas por los curas respectivos, á darle la bienvenida y homenajes de respeto, adhesión y amor. A todos recibía con suma amabilidad el excelentísimo señor Delegado, haciéndose todo para todos. Pasó la Semana Santa en Santa Tecla y el Domingo de Resurrección regresó á la capital. El señor Obispo y el Comité Central de recepción le dieron un espléndido banquete. El miércoles de Pascua, se fué en tren expreso á Santa Ana, la segunda ciudad de la república; le acompañaba el señor Obispo diocesano. Las peregrinaciones entraban en filas, en traje de camino, con banderas y estandartes, cantando desde que salían de sus parroquias: *Cora-zón Santo, tú reinarás*, el Santo Rosario y otros himnos. Eran recibidos en la hermosa iglesia del Rosario, que está pegada al Sur del Palacio Episcopal llamado ahora palacio de la Delegación apostólica, por el excelentísimo señor Delegado, acompañado del señor Obispo y de otros Padres. Les dirigía la palabra con entusiasmo y los invitaba á una Comunión general á la hora de su Misa, durante la cual un Párroco rezaba el Rosario desde el púlpito y se cantaban himnos al Santísimo Sacramento. Los peregrinos volvían á sus casas dichosos, llevando, como recuerdos, medallas y hojitas de propaganda. Varias veces, emocionado Mons. Cagliero á la vista de la gran multitud que llenaba la iglesia, declaró que él se había formado muy buena idea del católico pueblo salvadoreño por informes tomados desde Costa-Rica, Nicaragua y Honduras, pero que la realidad mil veces había superado su expectación al presenciar su fe viva, sus virtudes y entusiasmo religioso.

Brasil.

Congreso católico.—Ultimamente se han celebrado varios Congresos Católicos en los Estados del Brasil, en los cuales se discutió entre otras cosas la necesidad de desarrollar una poderosa prensa católica. Gracias á la incansable actividad del Padre Sinzig, O. F. M., pronto tendrá lugar en Petrópolis el primer Congreso de Periodistas católicos.

China.

Un héroe.—El Padre Lambert L. Conrardy pasó dos años en los Estados Unidos recogiendo limosnas para la fundación en la costa de China de un establecimiento para los pobres leprosos. Realizó su ensueño: compró una isla situada en el río, á sesenta millas de la ciudad de Cantón y albergó

en ella á quinientos leprosos. El heroico misionero ha contraído la terrible enfermedad y se halla á las puertas de la muerte.

Varias.

Consejos prácticos.—Uno de los síntomas consoladores de los tiempos es el hecho que los católicos de Europa y América van despertando á la necesidad imprescindible de desarrollar la buena Prensa. He aquí los consejos que da al pueblo inglés el famoso predicador, reverendo Padre Bernardo Vaughan: los cuales nos recuerdan los que con meritísima insistencia nos da á los españoles el apóstol de la prensa católica el señor Obispo de Jaca:

«Sea el sostén de la Prensa católica vuestra mayor preocupación. Pero esta preocupación debe ser enteramente práctica. Comprad, anunciad y suscribios á los periódicos cató-

licos, y urgid á vuestros hermanos para que hagan lo mismo. Pedid los periódicos católicos en las librerías, en las estaciones, en los cafés, en todas partes. Mirad y cuidad de su circulación como si se tratase de un apostolado católico, como realmente y de hecho lo es.

«El diario católico es el mejor medio, por no decir el único hoy día, para disipar los errores y prejuicios en religión; es el gran vehículo para sembrar ideas católicas; sirve para contrabalancear y quebrantar los fraudes inmensos que divulga la prensa impía contra la sana razón y las buenas costumbres.

«Con vuestras suscripciones y anuncios mejoraréis la fuerza de los periódicos católicos (el mar se forma de gotas) y éstos entonces os ayudarán también intelectual, religiosa y socialmente. Sólo con vuestra cooperación pueden los periódicos lograr éxito, éxito que será también el vuestro.»

EL MONTE CARMELO INDIANO



UÁNTO anhelaban los Carmelitas de Malabar erigir á su augusta Madre y Señora un altar en cuyo trono Ella se sentase con decoro, un templo sino del todo digno de su alteza al menos no tan indigno! En estas regiones en las que el oro más precioso es empleado en la ornamentación de templos diabólicos, é inmensos caudales y ricas fortunas se sepultan en los mismos, ¡ah! el Dios grande no tiene más que *chozas* miserables, pequeñas, sin más adorno que unas hojas secas de árboles; que chozas, más que templos, son la mayor parte de las capillas de nuestras Misiones. Mas gracias á la liberalidad y desprendimiento de los católicos belgas, conocidos ya por los lectores de *Las Misiones*, hemos podido levantar un templo decoroso, cuya solemne consagración tuvo lugar el día 21 del pasado Abril.

La iglesia, juntamente con el convento-residencia de los Padres Carmelitas de la provincia de Flandrés, está situada en una pintoresca colina que ha recibido el característico título de Monte Carmelo, *Carmel Kill*, en la ciudad de Trivanetrum. Es Trivanetrum hermosa ciudad, capital del reino de Travancore, con 60,000 habitantes, de los cuales unos 5,000 son católicos. El principal elemento son los brahmanes, nativos consiliarios y acompañantes del rey.

La iglesia, de puro estilo romano, con tres naves, formando una cruz latina, es de sólida construcción de piedra granito, constituyendo pilastras, arcos y bovedaje un todo perfecto y harmónico, simple y sencillo, sin *fárrago* de ornamentación, sino natural como deben ser nuestras oraciones y nuestras plegarias. El edificio tiene 125 pies de largo, 75 de ancho y 65 de alto en la parte interior, y la torre 139 pies de altura.

Por los datos asignados podrán formarse los lectores alguna idea de la iglesia que nos ocupa, la más elegante y más espaciosa en nuestras Misiones y la primera que hasta el presente ha sido consagrada.

Como dejamos consignado, el día 21 era el señalado para la solemne ceremonia de la consagración. El día 19 su A. R. el Maharaja de Travancore se dignó visitar el edificio y el Convento. Toda la Comunidad de

Padres Carmelitas, más los Padres que habíamos llegado para el día de la consagración, recibimos á Su Majestad á la entrada del templo y le acompañamos en la visita del mismo. Su Majestad preguntaba curioso por la significación de las estatuas é imágenes que en los altares se hallaban colocadas—tégase presente que se trata de un rey pagano—quedando altamente satisfecho de la perfección de las esculturas, muy en especial del grupo de la Sagrada Familia, por la belleza y el candor que el artista ha sabido esculpir en el rostro inmaculado de la Madre, y por la divinidad que el mismo ha ocultado bajo el rostro sobrehumano del Niño. Después de admirar la grandeza del templo, Su Majestad, invitado por el Padre Superior, paseó por las dependencias del Convento, apreciando la simplicidad carmelitana, tanto en las celdas como en el refectorio y demás modo de vivir. Acto continuo el dicho Padre Superior ofreció á Su Majestad un caprichoso *bouquet* y leyó un *address* en lengua inglesa, en el que expresó á Su Majestad el más sincero agradecimiento de los Carmelitas Misioneros por la prueba de consideración que nos daba visitando nuestro templo y por los muchos favores que los católicos y Misioneros recibíamos de su generosa mano y la protección á nuestra sacrosanta fe. Su Majestad recibió el *address* con especiales muestras de cariño y regresó á su real morada.

El día siguiente 20, tuvo lugar la solemne recepción del señor Obispo de la Diócesis Mons. Luis Benziger. A las cinco y media de la tarde de dicho día llegó Su Excelencia acompañado del Vicario General de la Misión de Verapoly, Mons. P. Angel María, C. D., que venía en representación del señor Arzobispo de dicha Misión, y de otros Padres de ambas Misiones, Verapoly y Quilón. Arribaron todos á las cercanías del Convento en elegantes coches cedidos generosamente por el Gobierno para tan singular acto, en donde les esperaban la Comunidad y clero regular y nativo, é inmenso pueblo venido de todos los puntos de la diócesis, ávido de presenciar tan insólita ceremonia. La banda del Gobierno ejecutó bonitas piezas mientras la procesión se dirigía á la capilla del Monasterio. Cantado el *Ecce sacerdos* y demás oraciones prescritas por el Ri-

tual Romano para la recepción de Prelados, Su Excelencia se dirigió al lugar señalado en donde le leyeron un *address* de acción de gracias por su venida y le presentaron hermosa guirnalda de caprichosas flores. Su Excelencia respondió al *address* invitando al pueblo á unirse en espíritu á la Iglesia y seguir con devota consideración las ceremonias de la consagración del nuevo templo. A las seis y media Su Excelencia puso en la vieja capilla las reliquias de los Santos Mártires, que debían colocarse en el altar mayor, díjose el Oficio de los Mártires, y fieles fervorosos las velaron durante toda la noche. Al día siguiente, á las cinco y media de la mañana, dió principio la solemne é imponente ceremonia de la consagración del templo llevada á cabo en perfecta conformidad con el pontifical romano. Ya desde las primeras horas multitud de pueblo se apiñó al rededor del edificio que esperaba ansioso el momento en que se franqueasen sus puertas. A las siete las reliquias de los Mártires, llevadas por cuatro Misioneros, fueron conducidas en solemne procesión á la nueva Iglesia. A la entrada de las reliquias se dió acceso al pueblo, que en diez minutos llenó literalmente el nuevo templo, quedando aún una gran multitud privada de tal dicha. Los fieles siguieron con devota atención el curso de tan larga ceremonia que no concluyó hasta las diez. A esta hora comenzó la Misa pontifical que cantó el mismo señor Obispo consagrante. Cantado el Evangelio, el elocuente orador Carmelita P. Jerónimo, pro-

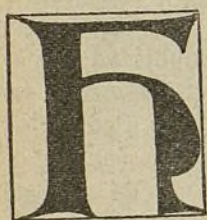
nunció un fervoroso discurso propio de las circunstancias en lengua inglesa. La fama del predicador irlandés en Inglaterra y en la India me relevan del trabajo de encomiar su sermón. Eran pasadas las doce cuando la ceremonia terminó, sin embargo el pueblo asistió paciente y fervoroso hasta tanto que todo hubo terminado. Por la tarde, á las cinco, se trasladó el Santísimo Sacramento á la nueva iglesia, en donde Su Excelencia bendijo á la multitud y acto seguido se dijo un sermón en lengua malabárica. En piadoso recuerdo de la consagración se distribuyeron al pueblo bonitas estampas, y curiosos fuegos artificiales pusieron digno remate á la fiesta.

Y todos descendimos de la colina con el corazón rebotante de alegría y el alma embriagada de emociones santas, y á nuestra memoria venía el sacrificio de nuestro P. Elías, que humilló la protervia de los sacerdotes de Baal, y la nubecilla pequeña que se deshizo en benéfica lluvia y fertilizó los campos después de pertinaz sequía, é hicimos votos al Señor para que el sacrificio que los hijos de Elías ofrezcan á diario en este nuevo Monte Carmelo humille la soberbia brahmánica y la niebla que le envuelve en sus blancos crespones, se disuelva en copiosa lluvia que fecundice las cercanías paganas y las trueque en terrenos fértiles que lleven abundante mies cristiana.

Trivanotrum, 1.º de Mayo 1910.

FR. BRUNO DE SAN JOSÉ, C. D.

RECUERDOS DE MI MISIÓN



ACÍ ya cerca de doce años que nos conocíamos y unos nueve que vivíamos juntos, socios en nuestras alegrías y socios en nuestras desgracias. Nada, ni aun la vida íntima de aquellas familias (1) me era oculto, y en justa correspondencia tampoco

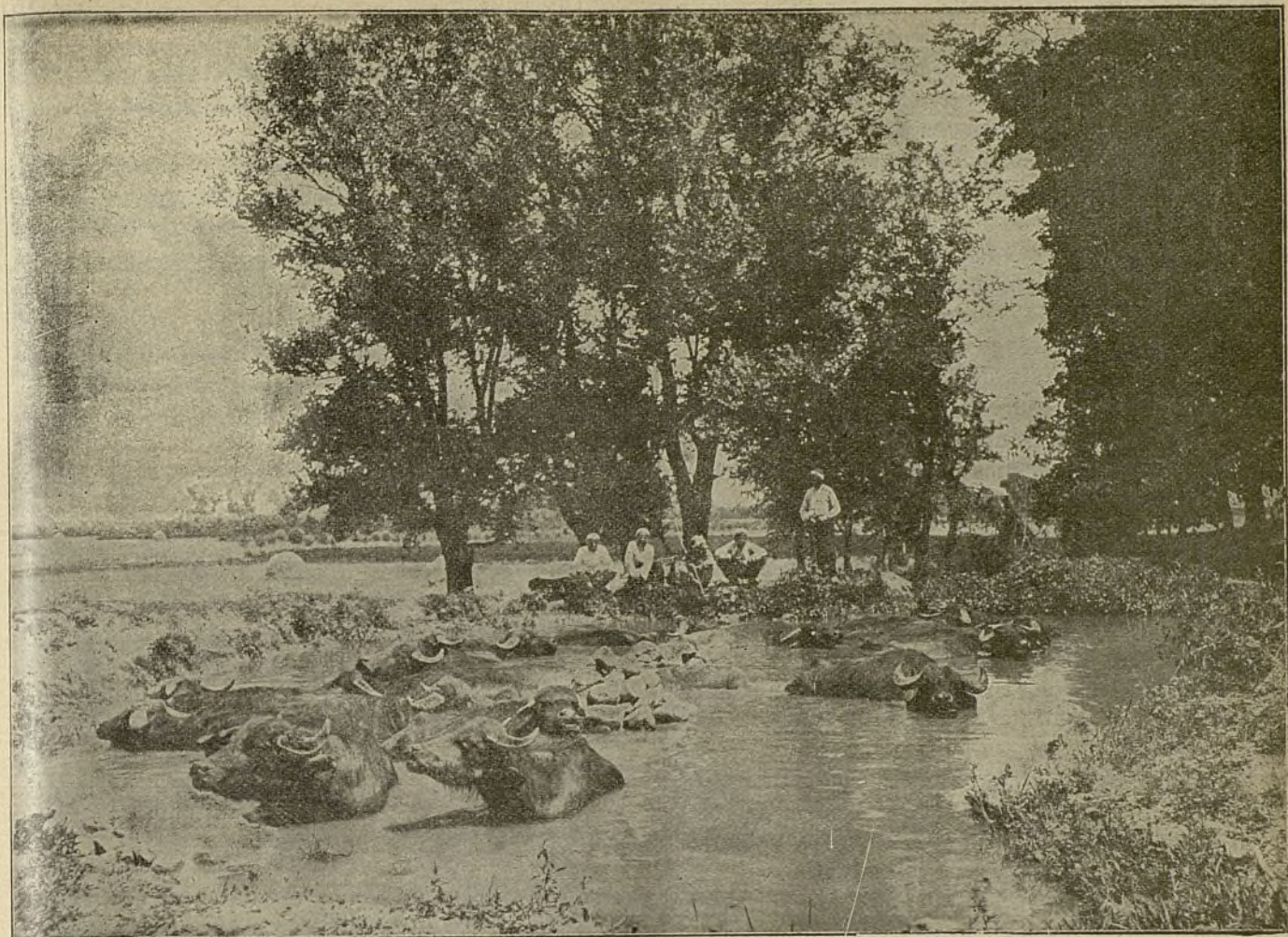
nada dejaba de manifestarles de cuanto pudiera contribuir al bien de sus almas ó á la prosperidad de sus haberes. La armonía reinaba entre nosotros, sin que fuesen motivo á romperla ni mi amorosa reprensión de padre, ni sus montaraces é infantiles travesuras de hijos. Nuestro lugar era tal vez el más oculto y el más miserable del Asia, y, sin embargo, nos considerábamos los más felices y los más dichosos de la tierra, despreciando las bellezas que accidentalmente se referían en nuestras conversaciones de los demás países, y ensalzando noche y día el silencio de nuestro retiro, la atmósfera pura de nuestra montaña, sus blancas nieves y sus cristalinas aguas, la naturaleza virgen que nos rodeaba por todas partes, sus flores y hierbas aromáticas, sus cedros, abetos y nogales, y hasta cuando se nos ocurría, elevábamos al cuarto cielo nuestros cebollinos, nuestras cabras y vacas. Convencidos ó no de ello, es lo cierto que en tocando este punto (que era todos los días y en todas las conversaciones, ya que para mi gente no existía más mundo que lo poco que veían con los ojos) nos

decíamos el pueblo escogido del Señor, en posesión de una tierra que mana leche y miel, y en la firme esperanza de una vida futura aún más feliz.

No hay, sin embargo, dicha completa en el mundo, y si entre el marido y la mujer que sinceramente se aman interpónese tarde ó temprano la muerte, entre mis neoconversos y yo necesariamente debería también llegar una separación. Por demás, bien sabían éstos que mi permanencia entre ellos estaba supeditada á la obediencia, y que aun cuando ésta fuese ilimitada en el tiempo y mi vocación la aceptase en todos sus términos, la salud no me permitiría soportar por muchos años un género de vida que todos veían ser superior á mis fuerzas. Ya desde tiempo atrás se susurraba en el pueblo que mis días eran contados, pero esto considerábanlo los más serios no como un eco de realidad, sino como una de tantas amigables quisicosas con que á veces nos probábamos mutuamente la paciencia, yo diciendo por ejemplo: «Me voy á ir; presto os dejaré;» y ellos: «No serías capaz de hacer tal,» etc.

Al fin, el domingo *in albis*, 19 Abril del 1903, después de explicar como de costumbre el Evangelio al pueblo, quise despedirme de él, entre otras con las siguientes frases: «No es la obediencia la que me llama, hermanos míos, es la que me permite separarme de vosotros por poco tiempo á fin de reponer mi salud algún tanto quebrantada como sabéis, y consolar á mi anciana madre que de años atrás yace en un lecho. En nada os debe preocupar esta mi ausencia que, si es del

(1) El autor se refiere á las familias de la Misión de Don-kalé en el Tauro (Armenia). (Nota de la Redacción).



Para los búfalos no hay placer como el baño. Las vacas «gordas y flacas» que Faraón en sus sueños veía salir del Nilo eran *djamous* (búfalos)

ASIA MENOR.—LA SIESTA DE LOS BÚFALOS.—Reproducción directa de fotografía remitida por el R. P. Jerphanion. (Pág. 116)

agrado del cielo, ha de ser de pocas semanas.» Con esto no les quedaba ya duda de que mi viaje á Europa era un hecho: dos días más tarde debía ausentarme, y esta ausencia juzgábala el presentimiento de mis paisanos como la separación definitiva que de tanto tiempo temían.

Aquel día no hubo conversación familiar en la Casa-Misión, es decir, mi gente no entró á saludarme apenas terminada la Misa, como solía hacerlo todos los domingos. Cabizbajos y pensativos y sin decirse palabra entre sí, desparramáronse por las inmediaciones de la Residencia, sin que volvieran á aparecer hasta el momento mismo en que me disponía á partir. Uno ó dos ancianos que me hablaron durante aquellos dos días, decíanme que no teniendo ya remedio las cosas, y siendo por otra parte tan justas las razones que les había expuesto para ausentarme, mi gente ni quería hacerme súplicas inútiles, ni quería multiplicar con sus conversaciones recuerdos que nos sirviesen de mutua tristeza.

Llegó la última hora, y cuando estaba ya para montar á caballo hallé ante mí al pueblo entero. Hombres y mujeres, niños y ancianos estrechábanme por todas partes, estrujándose para besarme la mano, y algunos hasta los pies. Enfermos que llevaban tres meses en cama se habían hecho transportar allí, y arrastrándose por el suelo entre la confusión de sus hermanos asían-

se á mi hábito pidiéndome la última bendición. Jóvenes que habían recorrido dieciséis leguas de camino á pie, para tener el consuelo de darme el último adiós, adiós que les fué forzoso dar, con una simple mirada por no poder hacerlo de palabra á causa de la emoción. ¡Pobre Sarkis y pobre Panos! ¡qué bien mostrabais entonces lo agradecidos que erais á las pruebas de cariño que hasta allí habíais recibido de vuestro Padre!

Ya no podía dominar mi naturaleza en medio de toda aquella explosión de llantos, gemidos y sollozos de mi gente, y haciendo un esfuerzo supremo me desprendí de todos ellos, y montando á caballo eché á andar sin otros preámbulos que el de alzar la mano á derecha é izquierda moviéndola en el aire para significarles les decía *adiós*, pues hacer otra cosa, articular una sola sílaba de despedida, en aquel momento me hubiera sido imposible. Logré abrirme paso, pero la multitud seguía el de la bestia, y siempre en su derredor con los primitivos llantos y gritos, y cada vez con mayor conato para volver á besarme el hábito. Al fin, casi desfallecido y cuando ya me hallaba á la distancia de unos diez minutos de la Residencia, detuve mi caballo y dirigiéndome á ellos les dije con voz entrecortada: «El que de vosotros me ame, que se vuelva atrás.» La frase fué una verdadera inspiración del cielo, pues todos se detuvieron por un momento temiendo tal vez causarme disgusto, y dieron lugar á que yo, aprovechando la ocasión,

me pusiese á regular distancia, sin temor de volver á ser alcanzado.

Llevaba ya andados unos veinticinco minutos hacia una de las Misiones de la montaña, cuando aparece ante mi caballo y caminando á pie en la misma dirección, un joven carpintero á quien había costado el aprendizaje de su arte, y que á la sazón estaba ganando un regular jornal en los trabajos de mi Casa-Misión.

—Qué es eso, Kevork (Gregorio), díjele al verle.

—Quiero acompañarte hasta la Misión inmediata, me respondió sin volver la cabeza atrás y siempre caminando cabizbajo, porque tengo que hablar contigo.

Suponiendo se trataba de su futuro matrimonio sobre el cual él y sus padres me habían pedido repetidas veces consejo, díjele de nuevo:

—Mira, si no es cuestión larga, lo mejor será me la expongas aquí mismo, y no te molestes en acompañarme por espacio de dos horas.

—Es cuestión de un minuto, repuso siguiendo siempre su camino y sin volver la cabeza, pero sería necesario tuvieses la amabilidad de bajarte.

¡Misterio! decía para mis adentros.

—Pero ¿no podrías exponerme todo lo que quisieras sin obligarme á desmontar?

—Te lo explicaría mejor y quedaría más satisfecho si te apeases.

—Pues allá voy, dije con desenfado soltando las riendas y sacando el pie derecho del estribo para ponerlo á tierra.

Y en aquel mismo instante dando el joven un salto atrás con la rapidez del relámpago, envuelve, postrado, mis pies entre sus brazos de hierro, y besándome los una y mil veces hecho un mar de lágrimas, repite sin cesar:

—*Perdóname, perdóname.*

Yo que tanto á él como á todos los demás paisanos de la Misión nada tenía que perdonar, me concreté á decirle enternecido y después de haberle dejado desahogar algún tanto su devoción.

—Estás perdonado, hijo; lo mismo puedes decir á todos los del pueblo.

Kevork ha muerto: una carta de su hermanito trájome la noticia después de haber girado por la mayor parte de las agencias de nuestro globo, cual si quisiera participar la triste nueva á la humanidad entera; y yo sigo aún muy lejos de aquel país, rogando siempre tanto por él como por todos sus paisanos con el mismo fervor que el día primero que les dejé.—T.

ENTRE LOS ARMENIOS

POR EL R. P. R. JERPHANION, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

(Continuación)

EN muchas comarcas la población en vez de odiarnos nos deseaba y aun nos llamaba con insistencia. Conocedora de las escuelas que hemos fundado en las principales ciudades de la región, nos suplicaba las multiplicáramos. Pequeña ó grande, cada localidad quería tener la suya, para que en ella instruyésemos á los niños y les enseñásemos á leer, á escribir y á orar, á fin de que no sean, como sus padres, *tchoban*, que significa *pastores*, ó mejor *ignorantes*.

Podría citaros más de una ciudad de tres ó cuatro mil almas, cuyo *vartabed* (sacerdote armenio célibe) rodeado de los principales habitantes, insistía de la manera más apremiante:

«Estableceos en nuestra ciudad, decía. Nadie se ocupa de los niños; los primeros años los pasan en la calle; no aprenden nada. Los que quieren estudiar tienen que acudir á escuelas protestantes. Allí pierden la fe; al regresar ya no confiesan, ni comulgan, ni aman á la Santísima Virgen; en una palabra, ya no son cristianos. Vosotros, por el contrario, los convertiréis en hombres piadosos.»

Localidad hay en la que los católicos son muy numerosos; pero aún no tienen escuela. La piden con insistencia, y á sus súplicas suman las suyas notables cismáticos. ¡Cuántos pueblos, diezmados por los acontecimientos de 1896, arruinados, llenos de miseria, recurrían á nosotros! Estas últimas solicitudes pueden parecer interesadas. Muy bien: pero ¿quién no excusaría estos sentimientos tratándose de gentes reducidas

á la última miseria? Por lo menos debemos inferir de ella cuán falsa es su pretendida aversión al Catolicismo. Y añadiré que, casi en todas partes, las razones invocadas eran de orden mucho más elevado. La súplica era siempre igual: «¡Dadnos escuelas!» la misma desgarradora pintura: «la infancia abandonada, condenada á la ignorancia, expuesta á todas las malas costumbres de la calle,» pintura á la que la realidad no desmentía, antes superaba. No es, pues, el mero interés lo que mueve á estas pobres gentes á ir en busca del misionero.

¿Cómo no sentirse conmovido ante semejantes súplicas? ¡Cuánto me entristecía no poder dar por todas partes donde pasaba más que una respuesta vaga, una promesa evasiva, que bien sabía quedaría sin efecto! Porque estar por todo, ocuparse de todos, los misioneros no pueden ni soñarlo. Para ello sería preciso, no doblar, sino decuplar nuestro número. Nuestro deseo sería visitar estas poblaciones sencillas y honradas, instruir las, hablarles de Dios. Pero ¡ah! hasta esto es difícil. Apenas bastamos hoy para las obras que tenemos en las ciudades; ¿cómo extendernos más? Luego vienen las dificultades materiales, la escasez de recursos. El misionero viajará de la manera más modesta, se contentará con la comida de los campesinos (trigo cocido y leche coagulada), se alojará en sus miserables chozas, se acostará en compañía de los mulos y caballos, sobre su lecho mezquino y repugnante; mas á pesar de todos estos viajes no dejan de ocasionar gastos. Por modesta que sea, se necesita una cabalgadura, y á ésta hay que

alimentarla; pesada carga, sobre todo ahora que atravesamos años de penuria. Luego hay que renovar las provisiones del botiquín portátil, compañero inseparable del misionero en sus excursiones apostólicas.

Pero hay todavía una dificultad mayor. Visitar á los campesinos no basta: habría que realizar el sueño de estas buenas gentes, que es también el nuestro, y dotarlas de maestros de escuela. ¡Ah! no creáis que los maestros de estos países sean muy exigentes. Se contentan con un mezquino salario (250 ó 300 francos anuales); pero para nosotros es una carga muy pesada.

Finalmente, hay dificultades de otro orden: la obtención de permisos oficiales, la compra ó arriendo de locales, cosa larga y fatigosa á causa de los obstáculos que no cesan de oponer nuestros adversarios. En lo que pasa en Cesárea tendréis un ejemplo de ello. Allí, un misionero muy activo y trabajador, el R. P. Gransault, ha intentado aprovechar las buenas disposiciones de la población armenia. Expondré, Dios mediante, en el número próximo, los resultados de sus esfuerzos, resultados notabilísimos, á pesar de que no hace más de tres años que inauguró la obra.

(Continuará).

DE LAS MISIONES CATÓLICAS

POR EL R. P. ALEJANDRO BROU, S. J.

VI.—Lo que se ha hablado del Congo.—Misiones y Polémicas

DORQUE en las orillas del Támesis antes de las elecciones se hablaba con mucho ardor de las cuestiones del Congo. Cuestiones de reformas sociales que no son de mi incumbencia, pero en las que se ha mezclado muy injustamente á los misioneros católicos. Sin ir más allá; el año pasado, el *leader* socialista belga Vandervelde, entre otros desafueros, recriminaba su silencio sobre los abusos del «régimen leopoldino», y les oponía la *noble intrepidez* de los ministros protestantes. La comparación no me parece justa. Estos últimos, como eran ingleses, no corrían ningún riesgo por más que levantasen la voz; Inglaterra estaba detrás de ellos. La opinión protestante, siempre pronta á manifestarse amenazadora cuando los intereses humanitarios coinciden con los intereses nacionales y mercantiles, se soliviantó tanto más cuanto que la nación recriminada era católica. En cuanto á los misioneros belgas, su situación era difícil. Bien situados para saber la verdad, han puesto de manifiesto más de un abuso y han sufrido mucho en sus obras. Pero ¿han visto, por sus propios ojos, las atrocidades belgas que en Londres el público contemplaba... en proyecciones? Confiesan que había necesidad de grandes reformas, que no era falso todo lo que se decía, pero añaden que se exageró muchísimo. En cuanto á estos hechos reales, si los misioneros no han tenido la iniciativa de denunciarlos, es sencillamente porque otros se encargaban de ello. Y lo hacían con tanto celo, que no cabía ampliar sus declaraciones, antes debían limitarse. Además, ¿habrían sido escuchados caso de que hubiesen hablado? El Estado libre, único responsable de los abusos en cuestión, estaba en manos de la Masonería. ¿No se hubiera respondido á las quejas de los misioneros multiplicando las persecuciones y enredos de que ya eran víctimas?

Cuando, hará siete ú ocho años, empezó en Inglaterra la campaña anticongolesa, la Administración recriminada, con una táctica cuyo desenfado era el menor defecto, intentó hacer derivar sobre los misioneros católicos el torrente de quejas que se le venía encima.

Todavía hoy no faltan en la prensa belga publicistas

para lanzar contra los misioneros acusaciones de estas que cogen en una línea, pero cuya refutación no podrá venir del Congo hasta dentro tres ó cuatro meses. Olvidando, pues, todo lo que hacen por los negros, su lucha encarnizada contra la terrible enfermedad del sueño, la creación de lazaretos y hospitales, de granjas y talleres, y hasta la construcción de carreteras, cosa en la que el Estado debiera haber intervenido, los esfuerzos constantes y heroicos para resolver el «problema difícilísimo de la civilización de los negros», se les acusa de dar á los indígenas una educación muy poco *up to date*, de reclutar y retener á los niños sin respeto á los límites de edad fijados por la ley, de imponer á las poblaciones la pesada carga de sus obras, de provocar reyertas y emigraciones á tierras francesas, de oponerse á la introducción de la moneda y á la supresión de las contratas, de reducir por la fuerza á los fugitivos, etc., etc. La defensa de los misioneros ha sido contundente (1). Despojados de cuanto les zurciera la imaginación y examinados detenidamente los hechos alegados, eran de los más naturales y corrientes. Además, pronto voces más autorizadas que las de los apologistas hicieron justicia á las Misiones católicas.

Ni la reciente anexión del Congo, ni su transformación en colonia belga, han puesto coto á las polémicas inglesas. Sin ni tan sólo dejar á las nuevas Autoridades responsables el tiempo necesario para enterarse de cuanto les incumbe, gritan contra ellas cual si pretendieran intimidarlas. El Episcopado anglicano ha entrado en campaña. Los Obispos católicos, empero, no se han dejado engañar: han visto que todo esto es ficticio, que mintiendo filantropía pretenden encubrir el más desenfrenado mercantilismo. Si Bélgica fuese más fuerte y menos católica, á buen seguro que estos anglicanos no serían tan atrevidos. El Ilmo. Sr. Casartelli, obispo de Salford, compara la agitación anticongolesa, por la sinceridad y por el verdadero sentido del movimiento, con la de que Ferrer ha sido pretexto. De las muchas controversias que ha motivado esta agitación, recordaré un solo rasgo. El Obispo anglicano de Oxford se había hecho célebre por la acritud y saña de sus crí-

(1) Véase al P. Vermeersch, S. J., *Les Missions Catholiques au Congo belge*. Bruselas, 1909, p. 46.

ticas. Un sacerdote belga, residente en Inglaterra, le dirigió, entre otras, la siguiente pregunta: «¿Podría citarme Vuestra Señoría otro país, uno solo, que en el espacio de veinticinco años haya hecho más que Bélgica en el Congo por la civilización, el progreso y la felicidad de los paganos? Cíteme uno, se lo ruego.» Su Señoría habló mucho, pero no contestó al sacerdote belga (1).

Por ahora los misioneros del Congo tienen derecho á confiar en el porvenir. Por parte del Gobierno belga, mientras los católicos estén en el poder, no encontrarán más que justicia y protección. Después de una inspección de seis meses hecha sobre el terreno, el ministro M. Renkin puso en primera fila entre las reformas necesarias el sostenimiento de las Misiones. En la misma época el Príncipe heredero, hoy rey Alberto I, visitando el Congo, decía á los Jesuitas de Ki-Santu: «La obra de los misioneros, obra de perfección moral y religiosa, tan difícil por ser en esencia individual y libre, tiene derecho al homenaje y respeto de todos los espíritus imparciales. En las colonias fundadas por paí-

ses de civilización cristiana, las Misiones religiosas han desempeñado un papel activo: han representado tan perfectamente una parte de la influencia ejercida á lo lejos por su patria, que la mayoría de las naciones velan sobre sus derechos é intereses, favoreciendo todo lo posible su acción moral y material.

«Para la obra de la restauración moral y física de las tribus congoleñas, atrasadas por demás y aún poco conscientes de las ventajas de la civilización, la colaboración de las Congregaciones de misioneros es no sólo útil, sino indispensable. Ninguna obra humanitaria puede llevarse á feliz término sin perseguir un ideal, y en la colonización es donde se hace más patente esta verdad.

«La historia del Congo nos muestra que en la realización de esta noble empresa nuestros misioneros no han economizado penas, sacrificios ni fatigas. A ella han consagrado todas sus fuerzas y toda su inteligencia» (1).

(Continuará).

(1) *Catholic Times*, 3 Dic. 1909.

(1) *Missions belges*, 1909, p. 397.

BIBLIOGRAFIA

Cuidados que exige la primera infancia, por el Dr. D. Jorge M.^a Anguera de Sojo. Vol. IV de la Biblioteca de la Familia Cristiana.—Un tomo de 400 páginas, tamaño 20 X 13, con ilustraciones, 4 ptas. rústica. Tipografía Católica.—Barcelona.

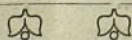
Si me pidieran una leyenda sintética para grabarla á manera de *super-libros* sobre la cubierta de los bellos volúmenes de la Biblioteca de la Familia Cristiana, les daría estas palabras: *Et animae et corpori*, porque ellas compendian admirablemente el plan vasto y armónico que se trazó el editor, al tener el feliz acuerdo de darla á luz. Vigorizar las almas con las dignificantes y salvadoras enseñanzas del dogma y de la moral católica, pero sin descuidar la parte que al cuerpo corresponde: *Mens sana in corpore sano*.

El nuevo volumen de la Biblioteca de la Familia Cristiana que anunciamos, se dirige á los padres y madres. En gran número de casos los padres y madres, éstas en particular, han de ser los primeros médicos de sus hijos, especialmente en lo que atañe á las necesidades más comunes de éstos, para las cuales no es regular estar llamando á todas horas al facultativo. Para casos tales, que pueden y suelen ser á diario, un libro como el de que se trata es un facultativo siempre á mano, á quien se puede pedir consejo para recibir reglas é instrucciones, que nadie sabrá apreciar debidamente como los propios interesados. Espanta hoy día la mortalidad de la niñez, cuyas estadísticas son en algunos puntos verdaderamente aterradoras. Lo cual unido á la disminución creciente de la natalidad, ofrece para el porvenir de algunos pueblos de Europa muy negros presentimientos. La medicación familiar, con su gemela la higiene doméstica, pueden en gran parte atenuar aquellos males, sobre todo si se tiene en cuenta que frecuentemente el buen tratamiento médico es hermano, más de lo que parece, del buen tratamiento moral y cristiano. Por todos estos conceptos el libro del Dr. Anguera de

Sojo merece ocupar sitio de preferencia en el velador de toda madre de familia.

Pensamientos de San Francisco de Asís, recogidos y ordenados por el R. P. Fr. Samuel Eiján, O. F. M.—Un opúsculo de 128 págs., precio 75 céntimos en rústica—Gregorio del Amo, editor. Madrid.—«No necesitamos, dice el docto ordenador en las *Dos palabras* que preceden al opúsculo, encarecer la importancia de este librito, por medio del cual la voz augusta del Serafín humano irá á hablar, en el recogimiento de la oración, á tantas almas devotas suyas, para hacerles gustar las dulcedumbres inefables de la ciencia de la Cruz. Toda otra ciencia que ésta no sea, podrá servir para dar alas al orgullo, para engrandecer el progreso material, para ir á sorprender los misterios que en su seno oculta la tierra ó los en que se envuelven las leyes que regulan el movimiento de los astros; pero no llegará nunca á descubrirnos los secretos mágicos de ese otro mundo que llevamos dentro de nosotros mismos, de ese mundo interior y espiritual, formado, en frase de Richter, por la bondad, la belleza y la verdad, que brilla como el sol espléndido sobre las nieblas densas del mundo que habitamos.» Santa unción, poesía, sentimientos delicadísimos, tiernos afectos de un alma santa privilegiada entre las almas santas, todo esto y mucho más respiran los pensamientos del Serafín de Asís, cuya lectura encarecemos.

Hemos recibido el último número de *España y América*, Revista de Religión, ciencia, literatura y arte que publican en Madrid los Padres Agustinos. Es extraordinario; consta de más de doscientas páginas y está consagrado al Centenario de la independencia de las Américas, con motivo de haber estos días celebrado el suyo la República Argentina, que, como es sabido, fué la primera que se emancipó. Contiene trabajos notabilísimos.



LA EXPIACION DE UN PADRE

(DIARIO DE UNA ESPOSA MODELO)

TRADUCIDA
DE LA 2.^a EDICIÓN FRANCESA

POR

M. C. G.

(Continuación)

20 Agosto.

Ya han llegado nuestros siempre deseados compañeros de verano: María, Gastón, Margarita y Marcelo. Mi hermana está triste como siempre, pero como siempre también, valerosa y resignada. Saltó del carruaje, nos abrazó á todos, y su primera visita fué al cementerio. Me empeñé en acompañarla: «Mañana iremos los cuatro, me dijo. Hoy quiero que las primicias de la temporada que pasaremos en Monte F... sean para José. Te engañas si temes que me venza la emoción. Creo que mi José no me ha abandonado: me precedió en el camino y me espera; el día que iré á él será de gran felicidad, pues nos encontraremos en Dios.»

Así diciendo lloraba, pero aquellas sus lágrimas no eran amargas. Tiene fe ciega en la felicidad de su hijo muerto, le contempla en el cielo y éste es el mayor de los consuelos.

1 Septiembre.

¡Agradable sorpresa! acaban de llegar D. Manuel de V... y su hijo Máximo. Carlos les había invitado con insistencia á pasar unos días con nosotros, y sin hacer caso de la gran distancia que nos separa, han querido darnos esta prueba de amistad.

A Luis le ha complacido en extremo la llegada de Máximo y á Marcelo también, pues deseaba conocerle, ya que repetidas veces había oído elogiarle.

Ayer, agradeciendo una vez más á D. Manuel las atenciones y solícitos cuidados de que ha rodeado á Luis, le repetí mis inquietudes acerca su suerte y porvenir. Cree que lo que más perjudica á mi hijo, desde el punto de vista religioso, es su amistad con el Dr. X... «Primero, me dijo, fué alumno suyo en el colegio de Francia; luego se hizo su amigo. El profesor supo captarse la admiración del alumno, le enteró de sus estudios, le atrajo á su casa y le prestó no pocas obras de filosofía.»

¿No serán estas lecturas las que corroborando enseñanzas perniciosas han empujado á mi hijo á estas dudas funestas que envenenan su existencia? ¡Ah! el Dr. X. ha consumado la obra fatal que los del Instituto laico

iniciaron. ¡Qué desgracia! Si en vez de un catedrático incrédulo encuentra Luis uno católico, quizás sus enseñanzas hubieran contrarrestado y aún arrancado de raíz los malos principios aprendidos, y la despejada inteligencia que posee, don preciosísimo del Señor, le hubiera servido para volver á ser fervoroso católico.

3 Septiembre.

Magdalena, mi Magdalena, la que más quiero y la que más me quiere, acaba de llegar con su Carlota, mi encantadora nietecita. De la mañana á la noche está con nosotros, juega arrastrándose por la alfombra del salón, ríe con la encantadora risa de la inocencia, nos divierte á todos y admiramos sus gracias y encantos y monadas. Magdalena está consagrada al cuidado de su hijita, y afirma y defiende que ya ha empezado su educación. Y en efecto, á una indicación, á una mirada de su madre abandona el juguete, cesa de llorar, junta sus manecitas imitando á Magdalena cuando reza. ¡Indecibles encantos del hijo para los padres! ¡Que el Señor se digne conservar á mi hija este angelito que para regalarla le envió del cielo!

8 Septiembre.

Sentada cabe la ventana de mi cuarto veía á Luis pasear por el jardín. En su persona, en el aire de su andar adivinábase tristeza tan intensa, tan gran abatimiento que sólo mirarle daba pena... ¡Pobre hijo mío!... No sé... creo que no puedo hacer otra cosa que rogar por él... Cuando le acompañan Marcelo y Emilio cobra ánimos, y en su rostro renace la expresión de viveza y de inteligencia. Mas si acaso es el tema de la conversación cuestiones religiosas, vaga en sus labios un sonris irónico, son sus respuestas punzantes sátiras que revelan á las claras cuán otro del de sus amigos es su pensar en estas materias las más importantes para mi corazón. No soy la única que observo lo escrito. Ayer Magdalena me hablaba de Luis con profundo pesar. Ha procurado encontrarle solas á para hablarle íntimamente; no lo ha conseguido, lo que se comprende más fácilmente sabiendo que se pasa buena parte del día cazando en el monte.

Es decir cazando, creo que mejor que perseguir perdices ó liebres, sentado á la sombra se entregará á sus estudios favoritos, pues no comprendo que con la merecida reputación que goza de buen tirador cobre tan pocas piezas.

3 Octubre.

Nueva dispersión. Nuestros compañeros nos han dejado; quedamos con Luis que dentro pocos días marchará á proseguir sus estudios.

25 Octubre.

Agradable y ni soñada sorpresa. Clotilde hace dos días estuvo en esa de B... de paso para M... donde le destina la obediencia. Está contentísima y goza de perfecta salud. Este traslado la acerca algo á Emilio y Magdalena, los que podrán más fácilmente visitarla de vez en cuando.

.....

3 Mayo.

¿Es posible que sufra lo que estoy sufriendo sin que el dolor haya mil veces acabado con mi existencia?... ¡Cuán cierto es que Dios crea el corazón de las madres inmenso para el dolor!...

¡Mi hijo ha muerto!... ¡de qué muerte!

Seis meses han transcurrido, y durante ellos no he tenido fuerzas ni valor para abrir este cuaderno. Hoy siento un impulso irresistible que me obliga á desahogar en él los sentimientos que torturan mi alma. No puedo comunicarlos, antes al contrario precisa que disimule la intensidad de mi dolor al corazón de aquel que es su primera causa. Me he impuesto este deber. ¿Sabré cumplirlo mientras viva?...

¡Madre mía! ¡tú para quien escribo estas líneas no me dejes! Logra del buen Dios que dé á tu hija á quien ha enviado tan terrible prueba, fuerzas, valor para sobrellevar la carga de esta vida penosa é interminable. ¿Dónde encontrar consuelo ó lenitivo á mi dolor? Bien sabéis, Dios mío, cuán difícil me fué doblar la cerviz á vuestros golpes y ahogar en mi corazón los sentimientos de rebeldía que con satánico orgullo se erguían en él sucediéndose incansables. Con el auxilio de vuestra gracia comprendí al fin que vos erais Señor y dueño absoluto, aunque vuestros castigos siempre justos á veces son terribles.

Recuerdo el último Octubre cuando aún era feliz. Ciertamente me inquietaba mi hijo; que sus ideas me hacían temblar por su porvenir; pero esperaba que el Señor escucharía mis constantes oraciones que tan fervientes como sabía le elevaba porque le salvara; esperaba que el tiempo modificaría sus ideas, que un matrimonio cristiano podía volverle á las creencias de su niñez. En

fin, esperaba y la esperanza me daba fuerzas para vivir... ¡Ahora!...

Se empeñaron en evitarme la emoción terrible que me hubiera causado la vista del cadáver de mi hijo desfigurado por el pistoletazo. Pero siempre lo tengo ante mí, no me abandona nunca aquel lecho fúnebre que me ocultaron. Y en él veo tendido á mi pobre Luis, rígido, ensangrentado... el arma suicida caída cabe sí... sus ojos grandes desmesuradamente abiertos sin que pueda cerrarlos la mano de su madre, manchada de sangre aquella frente que tantas veces y con tanto amor besé... Le veo siempre: su imagen me persigue mirándome con extraña fijeza cual si deseara preguntarme algo que no acierta á articular... ¿Qué habéis hecho de mi hijo?... Confieso que era culpable, pero no el único ni el primer culpable... Y yo ¿hice á su tiempo cuanto debía para preservarlo de los peligros causa de su perdición? ¿No debía resistir con mayor energía, con indomable entereza? ¿No debía defenderlo, protegerle aún contra aquel que lo entregó á los hombres perversos, que le robaron la fe y las esperanzas? Sí, éste era mi deber. Fui débil. La leona defendería sus cachorros aún contra el león; y lucharía, derramaría hasta la última gota de su sangre para salvarlos... Y yo que tanto amaba á mi hijo, vi al mal enseñorearse de su alma y le vi avanzar implacable un día y otro día, y no me sublevé... ¡Ah, quisiera poder decir á todas las madres cristianas que deben luchar, que deben resistir á quien y cuanto precise para defender las almas que Dios les ha confiado! El padre no es, no puede ser el único árbitro del porvenir de su hijo: sería contra natura. Cuando su hijo enferma no reclama para sí sólo la misión de cuidarlo; al contrario, entiende que es deber de la madre velar cabe el lecho del hijo enfermo... Y cuando se trata del alma, de sus destinos eternos, ¿sería lógico y racional no contar para nada con ella? Incomprensible monstruosidad. ¡Ah, no, no debe ser así! Además, Dios al enriquecer nuestra alma la ha dotado de una que llamaré intuición para cuanto se refiere á la felicidad de nuestros hijos. Presentimos el peligro. El padre muchas veces es ciego, y cuando ha dicho: «Mi resolución es irrevocable,» no hay quien lo convenza... ¿Qué hace hoy mi desventurado Carlos, encerrado horas y más horas solo en su despacho? ¿Ve al fin ¡cuán tarde, Dios mío! la verdadera causa de nuestras desgracias? A veces se enseñorea de mí el pensamiento de que su profunda tristeza es un justo castigo. Pero al darme cuenta lucho contra él hasta apartarlo.

LIMOSNAS

PARA COADYUVAR Á LA SANTA OBRA DE LA
PROPAGACIÓN DE LA FE

Para las Misiones más necesitadas

Barcelona.—J. S. 5 Ptas.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Píno, 5, Barcelona